

PQ2318

L4



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

LA LECHERA

DE

MONTFERMEIL.

CAPITULO PRIMERO.

CONVERSACION EN EL CABRIOLÉ.

—Porque, vm. mismo convendrá, mi teniente, en que esto no puede marchar así siempre. El gran Turena no dirijia cuatro batallas á un tiempo ni se hallaba en seis negocios en el mismo dia...

—No, mi querido Bertrand, pero Cesar dictaba cuatro cartas á la vez en diferentes lenguas, y Pico de la Miran-

dola se lisonjeaba de conocer y poder discutir. *De omni re scibili...*

—Perdone vm. mi teniente, pero yo no entiendo el latin.

—Es decir, que pretendia conocer todas las lenguas, saber á fondo todas las ciencias, refutar todas las sectas, y conciliar á todos los teólogos.

—Como no creo, mi teniente, que tenga vm. tanto amor propio, no lo compararé con ese señor de la Mirandola, que pretendia saberlo todo; en cuanto á Cesar, he oido hablar de él como de un hombre grande; pero estoy seguro que no tenia tantas queridas como vm.

—Te equivocas, Bertrand, los hombres grandes de la antigüedad tenian numerosas esclavas y concubinas, y repudiaban con frecuencia á sus muje-

res para casarse con otras. El Amor y el Deleite tenian templos en Grecia; y aquellos orgullosos Romanos que nos pintan tan severos, no se avergonzaban de entregarse á los mas locos excesos, de coronarse de mirtos y rosas, y de tomar á veces en sus banquetes el traje de nuestros primeros padres.

—Por Dios, mi teniente, dejemos á los Griegos y Romanos con los que jamas me he tiroteado, y volvamos á nuestros carneros.

—Quiero probarte, mi buen Bertrand, que muy lejos de exceder en locuras á las generaciones que nos han precedido; somos mucho mas cuerdos que ellas...

—Por eso sin duda tiene vm. cuatro queridas...

— Me gustan las mujeres, lo confieso, y aun diré que me glorio de ello, porque esta inclinacion está en la naturaleza. No puedo ver un rostro agradable ni unos buenos ojos, sin experimentar una dulce conmocion, un movimiento, un no sé qué, en fin, que prueba mi extrema sensibilidad. ¿Es acaso un crimen el ser sensible en un siglo en que se ha llevado tan lejos el egoismo; en que el interés es el movil de casi todas las acciones de los hombres; en que vemos varios autores preferir el dinero á la gloria; hombres colocados en destinos ocuparse del cuidado de conservarlos, en lugar de pensar en el bien que podrian hacer; artistas que mendigan los sufragios de gentes á quienes desprecian, y alargan la mano aun á los necios cuando

están en favor; hombres de letras que cierran con esmero el camino á sus compañeros cuando descubren en ellos un talento que puede hacer sombra al suyo; en que por todas partes en fin se cierra la puerta al mérito oscuro y se abre ante la impudencia y la fatuidad con tal que las acompañen las riquezas. ¿Sucederia esto si no se hubiese introducido el egoismo en todas las clases y no reemplazase el amor del dinero al del prójimo? ; y tú me haces un crimen de mi sensibilidad! Me echas en cara el no poder oír, sin enternecerme, el relato de una bella accion ó de un lastimero infortunio; que doy mi dinero á gentes que me engañan; que me dejo llevar como un necio del discurso de un niño que me diga que mendiga para su ma-

dre, ó de un obrero que me asegure que no tiene trabajo ni pan. ¡Pues bien! engañenme todavía con frecuencia, te lo repito, mi querido Bertrand, prefiero mi sensibilidad á su frio egoismo, y hallo en mi alma goces que jamas disfrutarán los corazones indiferentes.

Ocurria esta conversacion en un lindo cabriolé tirado por un caballo vivaracho, y que rodaba por el hermoso camino de Rainci á Montfermeil: habia un joven lacayo de doce á catorce años detras del carruaje en que Bertrand estaba sentado junto á un joven vestido con elegancia, que, sin dejarle de responder zurriagaba de cuando en cuando el fogoso caballo que dirijia.

Se habia vuelto un poco Bertrand al fin del discurso de su amo; y para ocul-

tar la emocion que comenzaba á apoderarse de él, se habia sonado y habia tomado un gran polvo; repuesto un poco entonces, habia pronunciado con una voz en que se percibia el enternecimiento.

— ¡No permita Dios, mite niente, que yo haga á vm. un crimen de su sensibilidad; conozco su buen corazon; sé cuan obsequioso y servicial es!... y podria citar mil rasgos suyos de que se hubieran alabado muchas gentes cuando vm. los ha ocultado con cuidado.

— Los que se alaban del bien que hacen, se parecen á aquellas gentes que nos ofrecen alguna cosa en términos de que no la aceptemos; porque los unos y los otros dan de mala gana.

— Sin ir muy lejos, mi teniente, ¿no me ha colmado vm. á mí mismo de be-

neficios, no me ha recibido, alojado, y alimentado?

— Eres un imbecil, Bertrand, ¿no me sirves de mayordomo, de hombre de negocios, de confidente, no eres mis pies y mis manos y sobre todo mi amigo, lo que es mejor que todo lo demas y que no hay con que pagarlo?

Aquí se volvió enteramente Bertrand, y se sonó de nuevo, porque se le cayó de sus ojos una gruesa lágrima. Tomó dos polvos, y despues de haber apretado con efusion la mano que su amo le alargaba, pronunció con voz enternecida: — sí señor, ¿es vm. el mejor de los hombres, tiene mil bellas calidades! ¿y no faltaba mas sino que alguno viniese á decirme lo contrario!... ¿voto á! ¿mi sable no está tomado de orin!

— Vamos, tú vas á hacer ahora mi elogio; piensa pues en que has comenzado esta conversacion para regañarme.

— ¡Para regañar á vm.! no, mi teniente, sino para hacerle observar, que seria mas razonable amar á una sola mujer á la vez; sin perjuicio de cambiar cuando viese otra que le gustase mas.

— Escucha, Bertrand, voy á hacerte una comparacion que comprenderás al momento.

— No me hable vm. de Griegos y Romanos, mi teniente.

— Nada de eso. ¿Te gusta el vino, Bertrand?

— Es cierto, mi teniente, confieso que una botella vieja... ¿de buen terru-

ño! ; no hay nada que se le parezca para alegrarse uno!

— Te gusta el de Beaune.

— Mucho, mi teniente.

— ¿Y el de Burdeos?

— ¡Ah! ; ese huele á violeta ; es una fragancia deliciosa!

— ¿Y el de Volnais?

— ¡No he sabido resistirlo jamas!..

— ¿Y el de Chambertin?

— Me pondria de rodillas delante de él, mi teniente.

— ¿Si tuvieses delante una botella de cada uno de esos vinos, abandonarías las tres para no beber mas que de una?

— Yo respondo á vm., mi teniente, de que pasarían todas cuatro, y no me hallaría peor por eso.

— Pues ¿por qué pretendes que cuan-

do yo me encuentro entre cuatro palmitos, cada uno de los cuales tiene algo de seductor, abandone tres para hacer la corte á uno solo?

— ¡Voto á brios que es cierto, mi teniente, es imposible! es necesario que las beba... quiero decir á vm. que las ame á las cuatro, y ahora veo que no tenia yo razon.

Así terminaban casi siempre las discusiones entre Bertrand y Augusto Dalville. Tenia Augusto veinte y siete años y veinte y siete mil pesetas de renta ; habia muerto su padre cuando él estaba todavía en la cuna, y habia perdido á su madre hacia seis años, desde cuya época databan las locuras de Augusto, que habia querido distraerse de un dolor muy natural, y luego habia acaba-

dó por no poder resistir á un sexo junto al cual no buscaba al principio mas que distracciones.

Sin embargo, el deseo de llevar un bonito uniforme y ganar tal vez las charreteras, habia decidido á Augusto á entrar en el servicio militar. Era tiempo de paz; pero un joven que tiene instruccion y educacion no permanece simple soldado. Augusto, á quien habian hecho subteniente, se complacia en escuchar á Bertrand que habia servido de cabo de escuadra de cazadores, y se habia hallado en Austerlitz, Eylau y Friedland. Bertrand no tenia mas que cuarenta y cuatro años; contaba sus combates con el mismo fuego y ardor que habia tenido en la accion, y Augusto no se cansaba nunca de oirlo. Los discursos del cabo

inflamaban su valor; sentia no haber nacido algunos años antes, imaginando que se hubiera podido encontrar, como Bertrand en aquellas hermosas campañas que harán siempre la gloria de la Francia.

Hácia esta época, fué destinado Augusto con su rejimiento delante de Pamplona, que sitiaban los Franceses, y Bertrand se halló bajo las órdenes del joven oficial á quien hicieron teniente. Pero habiéndose concluido la guerra, dejó Augusto el servicio militar y volvió á Paris para entregarse de nuevo á su gusto por los placeres. Propuso á Bertrand el que lo siguiese, este obtuvo fácilmente su licencia y siguió á Dalville á quien se habia adherido sinceramente, y conti-

nuó, por costumbre tanto como por gusto llamándolo su teniente.

Tenia Bertrand en Paris á su madre muy anciana y muy debil. El primer cuidado de Augusto fué asegurar á esta pobre mujer una pension que la pusiese á cubierto de la necesidad, y le permitiese procurarse en su vejez mil gustos que no habia podido disfrutar jamas en el trascurso de una vida laboriosa y desgraciada.

Desde entonces no fué ya Augusto un amo para Bertrand, sino un bienhechor, la amistad y afecto de este no conocieron ya límites; y despues de la muerte de su madre que acaeció tres años mas tarde, se adhirió Bertrand enteramente á Dalville, tomó la firme resolucion de consagrar su vida á probarle su re-

conocimiento. No habia recibido Bertrand ninguna educacion, y con frecuencia cometia torpezas en los recados que su amo le encargaba; pero Augusto se las perdonaba, porque conocia el buen corazon y adhesion del antiguo cabo; este, como acabamos de decir, se permitia algunas veces hacer á su amo algunas observaciones, porque aunque no conocia el tren de vida del gran mundo, le espantaban las locuras de Augusto y temia á cada instante que sus intrigas le ocasionasen serios acontecimientos; pero Augusto conseguia siempre calmar las inquietudes de Bertrand, que acababa su conversacion diciendo:—Yo soy el que no tiene razon.

Aun tendria yo muchas cosas que decir acerca de los dos personajes que aca-

ban de hablar juntos. Deberia hacer el retrato y pintar exactamente la figura de Augusto Dalville. ¿Pero á qué propósito? Sin duda hablará de él una de sus numerosas conquistas. Me expondría pues á repeticiones inútiles haciéndoos de antemano su retrato. Podemos solamente presumir que se presentaba bien, puesto que tenia la dicha de agradar á las damas. Esa no es suficiente razon, se podrá decir, y cuando uno tiene veinte mil pesetas de renta, posee todas las gracias, y toda fealdad desaparece. ¡Ah! ¡mis queridos lectores! qué idea ciertamente no será ninguna de mis lectoras la que me responda eso, y tengo demasiada buena opinion de ellas para creer que solo se necesiten veinte mil libras de renta para captivarlas.

Pero el cabriolé vuela, otra vez haremos nuestras reflexiones.

— ¿Bebela va muy bien... vm. tiene calor, mi teniente quiere vm. que tome las riendas?

— No, me divierte el llevarlas.

— A las once estaremos en la casa de campo del señor Destival.

— Demasiado pronto es, y no se come hasta las cinco..... Pero lo habia prometido hace mucho tiempo. Por otra parte madama Destival es bastante buena música, trataremos de hacer algo mientras llegue la hora de comer.

— Y yo, mi teniente, ¿á qué fin me lleva vm.?... ¿Yo no he de tocar la música, y como mi sitio no es en el salon, en donde estaré de faccion?

— No tengas cuidado: el señor Desti-

val me habia recomendado expresamente que te llevase. Acaba de tomar grande aficion á la caza, y desea que le enseñes el manejo de las armas.

— Muy bien, mi teniente, yo le enseñaré cuanto sé, aunque no será mucho.

— ¡Ah, pobre Virginia!... Qué furiosa se pondrá esta noche... Yo le habia prometido llevarla al teatro...

— Ella le ha prometido á vm. con frecuencia otras muchas cosas y ha faltado á su palabra...

— ¿Cómo sabes tú eso, Bertrand?

— Yo lo he oido decir á vm., mi teniente, que la señorita Virginia, era en extremo embustera.

— Es cierto, sí... mas de una vez me ha dado pruebas de ello.

— ¡Eso es muy malo despues de todo lo que vm. ha hecho por ella!... ¡Pero vm. tan bueno, se deja siempre enternecer! ¡Ah! ¡con mil diablos! si la señorita se hubiera muerto siempre que ha dicho que queria matarse porque no tenia con que pagar el alquiler de su casa....

— Vamos callando, señor Bertrand; tiene vm. mala lengua... Vaya pues; Bebelá... Creo que te duermes.

— ¡Y una noche que vm. habia salido, y me contó ella sus disgustos!... Me dijo que si ha tenido una debilidad con vm., era porque es muy propensa al amor, pero que decididamente quiere cambiar de conducta, no volver á ver á vm., y reconciliarse con su tia. Yo creia todo eso buenamente; tenia un aire tan compunjado, que me sentia pronto á llo-